

EL DIOS
QUE
ALABAMOS

Gerald Nyenhuis

Fundación Gerald Nyenhuis A.C.

El Dios que Alabamos

Gerald Nyenhuis Hendrichse

derechos reservados 2012

prohibida la reproducción parcial o total sin autorización por escrito

Diseño: Cristián Sandoval / Irlanda Orrostieta

Impreso y hecho en México 2012

www.geraldnyenhuis.org

INDICE

<i>Lección 1:</i>	
El Dios conocido.....	6
<i>Lección 2:</i>	
Para conocer al Incomprehensible.....	10
<i>Lección 3:</i>	
Atributo: Algo que se conoce de Dios.....	15
<i>Lección 4:</i>	
Los Atributos de Dios.....	21
<i>Lección 5:</i>	
Ecos de Dios en nosotros: Atributos comunicables.....	27
<i>Lección 6:</i>	
Ecos de Dios en nosotros: Atributos comunicables II.....	31
<i>Lección 7:</i>	
Los nombres de Dios.....	37
<i>Lección 8:</i>	
El Dios Trino.....	43
<i>Lección 9:</i>	
Hacia un correcto acercamiento a la Trinidad.....	47
<i>Lección 10:</i>	
Retrato de la Trinidad en las Escrituras.....	52
<i>Lección 11:</i>	
El Dios creador.....	59
<i>Lección 12:</i>	
El concepto de Dios creador en nuestro entendimiento..	65
<i>Lección 13:</i>	
El Dios de la providencia.....	70
<i>Lección 14:</i>	
El Dios del reino, ángeles y milagros.....	76
<i>Lección 15:</i>	
El Dios a quien Oramos.....	82

Este libro es una expresión de gratitud al Señor por su palabra y por la instrucción que de ella hemos recibido a través de nuestro pastor Gerald Nyenhuis, quien por más de cincuenta años ha cumplido fielmente con este ministerio entre nosotros.

A lo largo de la historia, Dios se ha dirigido a su pueblo con acento humano por medio de sus siervos, quienes obedientes colaboran con Él para la edificación de su Iglesia. Nosotros entendemos como parte de nuestro deber compartir estas enseñanzas con el resto de nuestros hermanos y con quienes hayan de ser añadidos a la familia del Señor.

Cristián Sandoval

PRESENTACIÓN

Las lecciones que están reunidas en este libro fueron escritas hace más de veinte años. Se emplearon primeramente en una clase para adultos en la Iglesia “Berith” y en otras iglesias. Luego se quedaron guardadas en un disquete de computadora.

En base a estas lecciones, pero con algunos cambios, sobre todo en la forma y organización, el autor escribió un libro de texto para las clases de FLET (en 1990), y en 1999 una segunda edición fue publicada, también con ligeros cambios en la redacción y la forma.

En otras clases el autor hizo mención de algunas diferencias en la organización de la materia diciendo que le gustaban más algunos puntos de las lecciones originales que en los libros publicados después. Esto es fácil de entender, pues las lecciones tuvieron un enfoque más pastoral y los libros un enfoque más académico. Algunos alumnos entonces pidieron copias de las lecciones originales. Se les concedió su petición.

Las lecciones fueron revisadas y pocos (muy pocos) cambios fueron hechos y solamente en puntos de redacción y para aclarar algunas expresiones.

En general, están idénticas con las lecciones escritas e impartidas originalmente. El contenido de las lecciones es muy similar al de los libros, pero por la organización y expresión no son las mismas. Los temas tratados son los mismos y, sin duda, el estilo y expresión del autor siguen igual, como en todos sus libros.

Es la convicción del autor que tanto nuestras oraciones como nuestra alabanza son orientadas y gobernadas por nuestro concepto de Dios. El concepto que rige en nuestras oraciones se aplica también a nuestra alabanza, entonces, para alabar a Dios, tal como Él quiere que le alabemos, tenemos que conocerlo. Por eso estudiamos El Dios que alabamos.

El autor expresa su gratitud a su esposa, Francisca, por su apoyo amoroso y constante, en este esfuerzo.

Gerald Nyenhuis Hendrichse

LECCIÓN 1

EL DIOS CONOCIDO

Hechos 17:16-34

16 Mientras Pablo los esperaba en Atenas, su espíritu se enardecía viendo la ciudad entregada a la idolatría. 17 Así que discutía en la sinagoga con los judíos y piadosos, y en la plaza cada día con los que concurrían. 18 Y algunos filósofos de los epicúreos y de los estoicos disputaban con él; y unos decían: ¿Qué querrá decir este palabrero? Y otros: Parece que es predicador de nuevos dioses; porque les predicaba el evangelio de Jesús, y de la resurrección. 19 Y tomándole, le trajeron al Areópago, diciendo: ¿Podremos saber qué es esta nueva enseñanza de que hablas? 20 Pues traes a nuestros oídos cosas extrañas. Queremos, pues, saber qué quiere decir esto. 21 (Porque todos los atenienses y los extranjeros residentes allí, en ninguna otra cosa se interesaban sino en decir o en oír algo nuevo.) 22 Entonces Pablo, puesto en pie en medio del Areópago, dijo: Varones atenienses, en todo observo que sois muy religiosos; 23 porque pasando y mirando vuestros santuarios, hallé también un altar en el cual estaba esta inscripción: AL DIOS NO CONOCIDO. Al que vosotros adoráis, pues, sin conocerle, es a quien yo os anuncio. 24 El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas, 25 ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas. 26 Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación; 27 para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros. 28 Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos; como algunos de vuestros propios poetas también han dicho: Porque linaje suyo somos. 29 Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que la Divinidad sea semejante a oro, o plata, o piedra, escultura de arte y de imaginación de hombres. 30 Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; 31 por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos. 32 Pero cuando oyeron lo de la resurrección de los muertos, unos se burlaban, y otros decían: Ya te oiremos acerca de esto otra vez. 33 Y así Pablo salió de en medio de ellos. 34 Mas algunos creyeron, juntándose con él; entre los cuales estaba Dionisio el areopagita, una mujer llamada Dámaris, y otros con ellos.

INTRODUCCIÓN

Una nueva aventura nos espera. Es, en un sentido, una aventura intelectual, porque tenemos que ejercitar nuestro intelecto. Tendremos que esforzarnos para aprender. Tendremos que usar nuestra capacidad de razonar, de acumular información y de arreglar los datos en un orden significativo y asimilarlos en la estructura de nuestro pensamiento. Hemos de encontrarnos en la necesidad de inducir y deducir, de emplear la lógica para llegar a conclusiones válidas.

Pero nuestra empresa no es solamente intelectual; también es espiritual. No se trata solamente de adquirir información sobre el objeto de nuestro

estudio (que en este caso es Dios); sino, más bien, nos embarcamos en una actividad que efectuará profundos cambios en nosotros, porque se trata de una relación, pues no es posible conocer a Dios sin relacionarse con Él. Tenemos que hacer unas distinciones. Conocer a Dios es saber algo acerca de Él, pero el saber algo sobre Dios no es, en sí, conocerle. Para los propósitos de este estudio (y, quizá, solamente en el contexto de este estudio) tenemos que distinguir entre el saber y el conocer. Los dos conceptos están íntimamente relacionados, pero no son idénticos. Para poderlos relacionar, es necesario primero diferenciarlos, pues el relacionar dos conceptos distintos implica la posibilidad de distinguirlos. Por ejemplo, uno puede saber los nombres de Dios (y los vamos a estudiar un poco más tarde) sin conocer a Dios y sin “invocar el nombre de Dios”. Es posible memorizar una lista larga de estos nombres y poder pasar un examen riguroso sobre ellos, sin conocer a Aquél a quien estos nombres pertenecen. Sin embargo, podemos conocer a Dios por medio de sus nombres, y, a lo mejor, debemos decir que no es posible conocer a Dios sin saber sus nombres, por lo menos los principales.

En esta serie de estudios queremos conocer al Dios que alabamos. Nuestro fin es conocerle, este es el objetivo de este curso. Uno de los medios es el saber de Él; queremos saber todo lo que podamos, para conocerle mejor, pero nuestro fin, en primer lugar, no es simplemente saber; más bien es conocer. No queremos solamente hablar sobre Dios; queremos a la vez hablar de nuestra condición en relación con Él. El conocimiento de Dios nunca puede ser solamente académico. El conocimiento de Dios es dado con un propósito, y este propósito es que, por medio del conocimiento de Dios, tengamos comunión con Él.

La alabanza es un aspecto de comunión. Más que un rito, es una relación. Nos relacionamos con Dios por medio de la alabanza. Desde luego, la alabanza no es la única relación, ni la totalidad de nuestra relación con Dios, pero sí es una faceta de nuestro enlace con el Creador. Por medio de la alabanza profundizamos esta liga con el Omnipotente y a través de la alabanza experimentamos con gozo nuestra amistad con el Dios de nuestra salvación. El vínculo con el Padre celestial se celebra en alabanza, y la alabanza hace más estrechos los lazos de compañerismo.

Relación, amistad, lazo, compañerismo, liga, enlace, vínculo, alabanza y adoración: todas estas son palabras que son difíciles de concebir sin un conocimiento de Dios. Es casi imposible pensar en una relación íntima con lo desconocido, o en una profunda devoción hacia algo de lo cual no tenemos noticia. Podemos estar seguros de que los atenienses no hacían peregrinaciones al altar dedicado “al dios desconocido”. El culto a ese “dios” era más bien una especie de prevención, un anuncio diseñado como pretexto para informar al “dios” aludido de que la falta de alabanza y dedicación se debía al desconocimiento y no a malas intenciones. El número de cultos organizados seguramente fuera cero, pues adoración y alabanza presuponen un conocimiento.

Vivimos en tiempos en los cuales Dios no es real para muchas personas. Hemos perdido el sentido de su majestad y su personalidad. En el pensamiento popular el concepto de Dios es impreciso, vago y abstracto. Ya no estimula el sentido de culto y de reverencia. Cuando hablamos del pensamiento popular no hablamos en sentido despectivo, ni de las personas de un nivel económico menos privilegiado, sino del pensamiento de los que ven la televisión, de los que leen los periódicos y "best sellers", y aún de los que escriben en ellos. El pensamiento popular incluye el del plomero y del chofer, del agricultor y del policía, del abogado y del ingeniero, junto con el del maestro y del actor. En cuanto a su concepto de Dios, no hay mucha diferencia entre todas estas personas. Si haya una diferencia, sería la que hay entre los que conocen su Biblia y los que no la leen. Al perder el concepto bíblico de Dios perdemos también el impulso a la alabanza. El conocer a Dios, el rectificar nuestro concepto de Él, tendrá resultados afirmativos en nuestra alabanza y en la realización de nuestros cultos, tanto como en desarrollar una filosofía cristiana de la vida.

Lo que llevamos en la mente cuando pensamos en Dios es una de las características más importantes de nosotros. Nuestra personalidad lleva en sí la idea que tenemos de Dios y este conocimiento forma nuestra personalidad (o la transforma). La participación en el culto, el estar activos en la alabanza, el alabar conscientemente a Dios son las actividades que más dan un sentido a la vida y una dirección a nuestra existencia. La idea de Dios nos es importante, y lo que importa más es que esta idea corresponda a lo que Dios realmente es.

Aunque el pensamiento de nuestro tiempo es antropocéntrico, y solemos poner en primer lugar nuestra salvación y nuestra eterna felicidad, la verdad es que el asunto fundamental en la religión y en nuestro diario vivir es Dios mismo, su naturaleza y nuestro conocimiento de Él. Si la religión ha de ser verdadera tiene que ser teocéntrica: una contemplación de Dios y no una contemplación del hombre de sí mismo. Un estudio sobre la respuesta religiosa del ser humano puede tener cierto valor psicológico, pero el estudio de Aquél a quien respondemos nos dará más sólidos fundamentos para una vida de comunión con Dios.

Podemos alabar a Dios solamente si lo conocemos. Conocemos a Dios porque está en su naturaleza revelarse a sí mismo. Si no fuera por la revelación no tendríamos manera de conocer a Dios. La alabanza debida depende de que nuestros conceptos de Dios correspondan con las pautas dadas en la revelación; si no, lo que alabamos puede ser algo muy diferente de Dios. El hecho de que pensemos que algo es Dios y que lo adoremos como si fuera Dios no es prueba de que lo que alabamos sea verdaderamente Dios. Existe el peligro de que lo que alabamos no sea Dios. A menos de que tengamos el conocimiento seguro de Dios, corremos este riesgo. Pero el conocimiento seguro de Dios es posible para el ser humano, y por eso es real la posibilidad de alabar al verdadero Dios, debido a que la revelación de Dios es un hecho.

La alabanza involucra una contemplación. Una parte importante de nuestra alabanza es la contemplación de Dios en toda su majestad y su esplendor. Pero la contemplación necesita un objeto. No podemos contemplar (ni alabar) a un dios del que no sabemos nada, del que no tenemos ni descripción ni concepto alguno. La alabanza, para que sea posible, exige que tengamos una idea o un concepto del Dios a quien podemos dirigir nuestra atención en verdadera contemplación. El que nuestra idea de Dios corresponda a su ser, tan estrechamente como nos sea posible, es de suma importancia para la verdadera alabanza, porque es necesario que tengamos algo concreto en mente cuando entramos en contemplación, y este “algo concreto” debe corresponder a la verdadera naturaleza de Dios. Si no es así nos encontraremos alabando algo que no es Dios.

Muchas veces la idea correcta de Dios yace sepultada bajo el cascajo de nociones convencionales y religiosas de nuestra cultura. Tenemos ideas de Dios que no tienen ninguna semejanza con la revelación de Dios. Por decirlo de otra manera, si nuestros pensamientos de Dios no corresponden a los conceptos que Dios tiene de Sí mismo, nuestros pensamientos estarán equivocados y nos encontraremos alabando a un ídolo. El pensamiento de Dios sobre Sí mismo está disponible para nosotros. Dios habla de Sí mismo, se describe. Dios nos dice cómo es; pero es posible que no le escuchemos por estar sintonizados con otra onda.

La alabanza, entonces, depende de la realidad de la revelación. La revelación de Dios tiene que ser una “auto-revelación”, pues nadie puede descubrir a Dios por sus propios métodos. Dios mismo se descubre, porque si no lo hiciera no estaría disponible para nuestro conocimiento. Un dios engendrado en las sombras del corazón depravado del hombre pecador seguramente será la imagen y semejanza de este ser perverso y tendrá muy poca semejanza con el verdadero Dios. Lo que Dios mismo comunica sobre su ser al hombre y pone en lenguaje humano, para que lo pueda comprender es la base de nuestra alabanza porque es la base de nuestro conocimiento de Dios. Sin revelación (más bien, auto-revelación) no hay genuina alabanza.

Tenemos que tener mucho cuidado de que, en el orgullo que caracteriza al pecado, aceptemos una noción errónea de Dios, o que pensemos que solamente si nos arrodillamos ante una imagen, una estatua o ante otra representación, somos culpables de idolatría. La idolatría no consiste solamente en inclinarse ante objetos de este tipo, lo que ninguna gente civilizada haría; la esencia de la idolatría es mantener ideas sobre Dios que no sean dignas de Él. El contemplar algunas nociones de Dios que no se deriven de la misma auto-revelación de Dios es también idolatría, en una forma quizá más sutil y más peligrosa que la contemplación de objetos físicos como representaciones de Dios. La idolatría empieza en la mente, en la ignorancia, en la equivocación y en no tomar como base el conocimiento de Dios que Él mismo comunica a nosotros en su Palabra.

(Déjenme responder aquí a un comentario que se oye a menudo en nuestra cultura. Se trata de justificar el uso de representaciones de Dios u otras imágenes en la alabanza y en el culto, haciendo referencia al arca del pacto en el Antiguo Testamento y al hecho de que encima de ella estuvieron los querubines. Tenemos que recordar que el arca del pacto, como el pacto mismo, simbolizaban la relación de Dios con su pueblo, y nunca representaba a Dios mismo. No se rendía culto al arca, ni a los querubines, pues estaban en el lugar santísimo, donde entraba sólo el sumo sacerdote y únicamente una vez al año. El lugar santísimo simbolizaba para el pueblo la presencia de Dios con él, y el tabernáculo, (más tarde, el templo) en su totalidad, revelaba la gracia de Dios hacia su pueblo y tipificaba la realización de la salvación en la obra del Mesías prometido. Lo que era objeto de alabanza era el Dios conocido por medio de esta revelación.)

La pregunta más importante que el ser humano puede hacer es ¿cómo es Dios? y lo que importa más es tener la respuesta correcta. Si la masa de los creyentes, de los que se llaman “cristianos”, no tiene seguros conocimientos de Dios, el cristianismo, donde rija esta ignorancia, no durará, pues la herejía ocupará su lugar. La obligación más solemne que la Iglesia tiene es la de purificar y elevar su concepto de Dios hasta que sea de veras digno de Él. Solamente así puede realizar la verdadera alabanza. El mejor servicio que podemos hacer para las futuras generaciones (nuestros propios hijos) es esforzarnos en aprender lo que la auto-revelación de Dios nos enseña y transmitir este conocimiento a ellas. Esto también es la verdadera evangelización, y la verdadera alabanza.

LECCIÓN 2 PARA CONOCER AL INCOMPREENSIBLE

Juan 1:1-18

1 En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. 2 Este era en el principio con Dios. 3 Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. 4 En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. 5 La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella. 6 Hubo un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan. 7 Este vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él. 8 No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz. 9 Aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, venía a este mundo. 10 En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció. 11 A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. 12 Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; 13 los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios. 14 Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del

unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad. 15 Juan dio testimonio de él, y clamó diciendo: Este es de quien yo decía: El que viene después de mí, es antes de mí; porque era primero que yo. 16 Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia. 17 Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. 18 A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer.

INTRODUCCIÓN

Dios no es un “objeto” que podamos conocer por pura observación. Dios no se presta a una investigación racional y/o empírica; sino que Dios es el que sale al encuentro del hombre para darse a conocer. Uno de los amigos de Job, Zofar naamatita, da expresión poética a la frustración del hombre que quiere conocer a Dios por sus propios esfuerzos y sentimos la fuerza de su expresión. Sin embargo, nuestra experiencia también confirma lo que Pablo escribe en su Carta a los Romanos de que nosotros tampoco podemos escapar tener conocimiento de Dios. Dios, pues, es conocido por todo lo que ha hecho. Estamos frente a una paradoja: la de conocer al Incompreensible.

Job 11:7-12
Romanos 1:18-21

La pregunta del niño: ¿Cómo es Dios?, no tiene respuesta fácil. Pues Dios no es como algo que conozcamos por percepción o razonamiento. No es simplemente más grande que lo más grande que hayamos visto; tampoco es como un teorema, axioma, o silogismo, ni como una figura geométrica. Dios es como Dios, y no es como ninguna otra cosa.

No obstante, hay en la creación, testimonio claro de Él; La creación misma, en su totalidad y en todas sus partes, nos remite a Él. Pero esto no quiere decir que Dios sea como su creación o como un aspecto de ella. Más bien la creación es como un puente que nos permite pasar hacia lo desconocido. Dios no es algo que podamos imaginar. Nuestra imaginación no puede construir a Dios, ni lo fabrica; sin embargo, la imaginación es útil para conocer a Dios. No es posible para la mente pasar de inmediato a lo desconocido; ni aun la mente más aventajada, la más atrevida y vigorosa, puede crear algo totalmente nuevo y diferente en un acto espontáneo de la imaginación. Tampoco puede, por sus propios poderes, conocer lo totalmente diferente. Ni aun los seres raros que pueblan el mundo de la mitología y de la superstición son creaciones puras de la imaginación. Son más bien extensiones de los seres creados y, aunque exageradas sus formas familiares más allá de sus límites normales y mezcladas las diferentes formas, que dan la impresión de haber sido creados como algo nuevo, no lo son. Por complicados, bellos o grotescos que sean estos seres, sus prototipos pueden ser identificados, y estos prototipos no son Dios, sino algo que ya conocemos.

Repetimos: aunque la creación no es Dios, y ni aun es como Dios, la creación nos remite a Dios y da testimonio de Él. Tampoco puede la imaginación, de por sí, llegar a un conocimiento de Dios; sin embargo, la imaginación es útil para el conocimiento de Dios. Las Escrituras, la auto-revelación de Dios, provienen de un Dios que está por encima de la naturaleza (la creación),

pero están escritas en términos de la creación, para mentes que son parte de la creación, y en las categorías de estas mentes. Las Escrituras emplean palabras y expresiones que hacen uso de semejanzas para proyectar el pensamiento humano más allá del campo normal de sus conocimientos. El esfuerzo de los hombres inspirados para expresar lo inefable ha dejado sus huellas en el pensamiento y el lenguaje de las Escrituras. El lenguaje está estirado hasta el extremo, por decirlo así, para cumplir con la tarea de hacer, por medio de la creación y sus formas, que la auto-revelación de Dios sea comprensible.

Hemos dicho antes que, si vamos a pensar bien, tenemos que hacer distinciones. Ahora tenemos que hacer una. Pero las distinciones siempre involucran definiciones. Si distinguimos una cosa de otra, debemos saber cuáles son las cosas que distinguimos. Queremos hacer una distinción entre “incomprensibilidad” e “inconocibilidad”. Por eso tenemos que definir estos dos términos.

La idea bíblica de la “incomprensibilidad” de Dios contradice las nociones especulativas de muchas filosofías actuales que afirman que Dios también es inconocible. La incomprensibilidad no es un atributo de Dios, como si la palabra afirmara algo sobre la esencia de Dios. La palabra más bien se refiere a los límites de nuestra comprensión; nos describe a nosotros y no a Dios. Nuestro aparato conceptual, limitado por ser criatura y estropeado por el pecado, es incapaz de abarcar toda la esencia de Dios en sus operaciones, pero no debemos pensar que esta situación sea una descripción de la naturaleza de Dios.

Dios, desde luego, es perfectamente comprensible para Sí mismo. Dios no es un misterio para su propia sabiduría, ni le falta entendimiento de su propio ser. Dios exhaustivamente se conoce a Sí mismo. Seguramente no hay contradicción en decir que Dios es incomprensible para el ser humano, pero que es totalmente comprendido por Sí mismo. Cuando hablamos de la “incomprensibilidad” queremos afirmar con eso que nuestro conocimiento de Dios está limitado: (1) a lo que Dios revela y (2) por nuestras capacidades de comprensión. Nuestro conocimiento de Dios (o de alguna otra cosa) no es completo ni nuestro entendimiento es cabal. Podemos, no obstante, tener conocimiento de Dios. En términos de lo que hemos dicho antes: podemos conocer a Dios sin saber todo de Él, aunque, a la vez, podemos saber algo de Dios sin conocerle. El fundamento de nuestro conocimiento de Dios es su propio ser y su perfecto conocimiento de propio su ser. Nuestro conocimiento de Dios es una consecuencia del hecho de que Dios se conoce a Sí mismo. Debido a que Dios es conocido perfecta y exhaustivamente por Dios, nosotros por su auto-revelación podemos conocerle también.

No hablamos de nuestro conocimiento de Dios como una posibilidad abstracta. No tenemos que recurrir a la especulación metafísica para defender la posibilidad del conocimiento de Dios. Por medio de la revelación Dios

“actualiza” y hace concreta la posibilidad de conocerle. La raza humana fue hecha para el conocimiento y servicio de Dios. Jesús mismo dice que conocerle es la esencia de la vida eterna.

Juan 17:1-3

1 Estas cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti; 2 como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste. 3 Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.

Aunque no podemos conocer a Dios exhaustivamente, lo podemos conocer verdadera y adecuadamente. Aunque no podemos conocerlo fuera de nuestra finitud y pecaminosidad, lo podemos conocer como creaturas divinamente creadas para conocerlo, como criaturas intencionadas por Dios para tener conocimiento de Él. Aunque lo podemos conocer solamente por las formas de nuestro entendimiento, y estas formas, aun en su actual condición de distorsionadas por el pecado, fueron dadas al hombre para proporcionarle conocimiento confiable de Dios.

Es cierto que tanto la teología como la filosofía modernas han dado exposiciones sobre la naturaleza de Dios que no pueden ser recibidas como genuinas ni confiables. Nos presentan a un Dios que no puede ser el objeto de adoración. El pensamiento secular es más bien un ataque al concepto bíblico de Dios y un intento de reemplazar este concepto con uno más aceptable a la mente moderna. Cualquier pensamiento que no empiece con el auto-conocimiento y la auto-revelación de Dios, y que no los tome como normativos, será más bien una expresión del orgullo humano y tendrá poca relación con la naturaleza de Dios. Pero esto no quiere decir que no podamos conocer a Dios; quiere decir que podemos conocer a Dios solamente si Él se conoce a Sí mismo y si se hubiere revelado.

Se ha dicho que la “última realidad” no es accesible a la razón, que está más allá de los procesos intelectuales, y que lo más que podemos hacer es intentar interpretar nuestras experiencias, las que identificamos (con o sin razón) como experiencias de lo divino. No hay ninguna seguridad de que estas experiencias correspondan a algo, pero no se puede negar la experiencia. En este caso Dios no solamente es incomprendible, también es inconocible, y, desde luego, no puede ser el objeto de nuestra alabanza. La racionalidad de nuestro conocimiento del Dios que alabamos se deriva de la racionalidad de Dios. Nuestro conocimiento de Dios no es “supra-racional”, ni “sub-racional”, ni “pre-racional”, ni “i-rracional”, pues si así fuera sería totalmente incomunicable y el único culto posible sería alguna forma de un misticismo perverso. Nuestras ideas de Dios tienen que brotar del divino auto-descubrimiento y no de algún sentimiento devoto que nos lleve más allá de la razón.

Si la alabanza implica, en algún sentido, una contemplación de Dios, este contemplar a Dios tiene que ser diferente al de una persona que se mire en

el espejo. Corremos el peligro del Fariseo en Lucas 18, que “oraba consigo mismo”. La alabanza tiene que ser algo más que auto-adulación. Pero esto no quiere decir que un conocimiento de nosotros mismos no venga al caso. Juan Calvino, en su más famoso libro, “Institución de la Religión Cristiana”, inicia su enseñanza diciendo que el conocer a Dios y el conocer al hombre están íntimamente relacionados; no se da el uno sin el otro. La enseñanza bíblica de la imagen de Dios en el hombre confirma este juicio. Si lo que la Biblia dice en cuanto al hombre creado a la imagen y semejanza de Dios es cierto (y no nos debe quedar ninguna duda de que así es) entonces no podemos afirmar que no hay ninguna semejanza entre Dios y el ser humano. No podemos decir, como han dicho algunos teólogos en tiempos recientes, que Dios es totalmente otro y diferente. Aunque Dios es infinito y el hombre finito, aunque Dios es Creador y el hombre creado, aunque Dios es Luz y el hombre ciego, debido a su pecado, ha de haber algunos puntos de semejanza que el mismo Dios ha creado para comunicar su auto-conocimiento al ser humano.

Es cierto que Dios es *sui generis*. No solamente es el único; tampoco puede estar subordinado a alguna categoría. No hay ninguna categoría de su “ser”, que Dios comparta con otros seres. Pero esto no quiere decir que no sea posible tener un concepto racional de Dios y hacer afirmaciones sobre su esencia y naturaleza. Y, además, no quiere decir que no podamos formular proposiciones sobre la naturaleza de Dios que puedan ser verdaderas o falsas. Es todo lo contrario, nuestras afirmaciones sobre Dios pueden ser verdaderas (o falsas) porque tiene un contenido intelectual. Entendemos lo que afirmamos y esperamos que los que nos oigan también nos entiendan. Habrá manera para saber si lo que decimos es lógico o no, y habrá normas para comparar el contenido de las afirmaciones con el de otras proposiciones a fin de que podamos formar un juicio en cuanto a ellas.

Lo que hace que Dios sea conocible (aunque en cuanto a la capacidad humana, incomprendible) es el hecho de que la revelación de la Biblia está en forma de lenguaje y pensamiento humanos. Está en forma proposicional -afirmaciones y declaraciones que podemos entender-, aunque sabemos que con esto no alcanzamos un cabal entendimiento de lo que Dios es. Siempre la plenitud de su ser se nos escapa; pero con todo y ello lo que de Él sabemos es conocimiento confiable. Las representaciones bíblicas de Dios, ajustadas a las facultades finitas del ser humano, proveen a la conciencia humana con verdades que adecuadamente retratan al Creador.

La auto-revelación de Dios tiene una naturaleza lógicamente consecuente. Si hemos de conocer a Dios y su voluntad para nosotros, tiene que ser así. Tenemos que entender en conceptos y palabras humanos, y estos tienen que relacionarse de una manera lógica. Sin duda, un Espíritu personal puede relacionarse con otros seres de la manera que quiera, aun en maneras diferentes que sean en pensamientos y conceptos, pero si el hombre ha de entender estas verdades, ellas tienen que estar en forma inteligente.

El que se pueda conocer a Dios, el que la revelación sobre Él sea racionalmente dada y ha de ser racionalmente entendida, el que se pueda formular el conocimiento en proposiciones que pueden ser racionalmente comunicados, son supuestos básicos de la revelación bíblica que tiene como uno de sus propósitos fundamentales el de darnos conocimiento de Dios. Se ha dicho que conocemos a Dios por su creación (revelación general), por su Palabra (revelación especial) y en Jesucristo (revelación personal). Se habla de esta fórmula como las tres vías para conocer a Dios. Desde luego, conocemos a Dios en Jesucristo, pues la Biblia misma insiste en esto. Sin embargo, no debemos pensar en conocer a Dios en Cristo a parte de la revelación especial. No podemos considerar que se pueda conocer a Jesucristo por medios que no sean por las Escrituras. Conocemos a Jesucristo solamente por la Biblia, tanto el Antiguo Testamento, que sí habla de Cristo, como por los evangelios y las epístolas, a través de los cuales, lo conocemos más precisamente y en detalle. Sí, sin duda, conocemos a Dios en Jesucristo, pero este Jesucristo que conocemos y que es la más plena revelación de Dios, es el Jesucristo que conocemos en la Biblia, la revelación especial de Dios.

LECCIÓN 3

ATRIBUTO:

ALGO QUE SE CONOCE DE DIOS

Salmo 135

- 1 Alabad el nombre de Jehová;
Alabadle, siervos de Jehová;*
- 2 Los que estáis en la casa de Jehová,
En los atrios de la casa de nuestro Dios.*
- 3 Alabad a JAH, porque él es bueno;
Cantad salmos a su nombre, porque él es benigno.*
- 4 Porque JAH ha escogido a Jacob para sí,
A Israel por posesión suya.*
- 5 Porque yo sé que Jehová es grande,
Y el Señor nuestro, mayor que todos los dioses.*
- 6 Todo lo que Jehová quiere, lo hace,
En los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los abismos.*
- 7 Hace subir las nubes de los extremos de la tierra;
Hace los relámpagos para la lluvia;
Saca de sus depósitos los vientos.*
- 8 El es quien hizo morir a los primogénitos de Egipto,
Desde el hombre hasta la bestia.*
- 9 Envío señales y prodigios en medio de ti, oh Egipto,
Contra Faraón, y contra todos sus siervos.*
- 10 Destruyó a muchas naciones,
Y mató a reyes poderosos;*
- 11 A Sehón rey amorreo,*

*A Og rey de Basán,
 Y a todos los reyes de Canaán.
 12 Y dio la tierra de ellos en heredad,
 En heredad a Israel su pueblo.
 13 Oh Jehová, eterno es tu nombre;
 Tu memoria, oh Jehová, de generación en generación.
 14 Porque Jehová juzgará a su pueblo,
 Y se compadecerá de sus siervos.
 15 Los ídolos de las naciones son plata y oro,
 Obra de manos de hombres.
 16 Tienen boca, y no hablan;
 Tienen ojos, y no ven;
 17 Tienen orejas, y no oyen;
 Tampoco hay aliento en sus bocas.
 18 Semejantes a ellos son los que los hacen,
 Y todos los que en ellos confían. (A)
 19 Casa de Israel, bendecid a Jehová;
 Casa de Aarón, bendecid a Jehová;
 20 Casa de Leví, bendecid a Jehová;
 Los que teméis a Jehová, bendecid a Jehová.
 21 Desde Sion sea bendecido Jehová,
 Quien mora en Jerusalén.
 Aleluya.*

Salmo 145

Salmo de alabanza; de David.

*1 Te exaltaré, mi Dios, mi Rey,
 Y bendeciré tu nombre eternamente y para siempre.
 2 Cada día te bendeciré,
 Y alabaré tu nombre eternamente y para siempre.
 3 Grande es Jehová, y digno de suprema alabanza;
 Y su grandeza es inescrutable.
 4 Generación a generación celebrará tus obras,
 Y anunciará tus poderosos hechos.
 5 En la hermosura de la gloria de tu magnificencia,
 Y en tus hechos maravillosos meditaré.
 6 Del poder de tus hechos estupendos hablarán los hombres,
 Y yo publicaré tu grandeza.
 7 Proclamarán la memoria de tu inmensa bondad,
 Y cantarán tu justicia.
 8 Clemente y misericordioso es Jehová,
 Lento para la ira, y grande en misericordia.
 9 Bueno es Jehová para con todos,
 Y sus misericordias sobre todas sus obras.
 10 Te alaben, oh Jehová, todas tus obras,
 Y tus santos te bendigan.
 11 La gloria de tu reino digan,
 Y hablen de tu poder,
 12 Para hacer saber a los hijos de los hombres sus poderosos hechos,*

Y la gloria de la magnificencia de su reino.
13 *Tu reino es reino de todos los siglos,*
Y tu señorío en todas las generaciones.
14 *Sostiene Jehová a todos los que caen,*
Y levanta a todos los oprimidos.
15 *Los ojos de todos esperan en ti,*
Y tú les das su comida a su tiempo.
16 *Abres tu mano,*
Y colmas de bendición a todo ser viviente.
17 *Justo es Jehová en todos sus caminos,*
Y misericordioso en todas sus obras.
18 *Cercano está Jehová a todos los que le invocan,*
A todos los que le invocan de veras.
19 *Cumplirá el deseo de los que le temen;*
Oírás asimismo el clamor de ellos, y los salvarás.
20 *Jehová guarda a todos los que le aman,*
Mas destruirá a todos los impíos.
21 *La alabanza de Jehová proclamará mi boca;*
Y todos bendigan su santo nombre eternamente y para siempre.

INTRODUCCIÓN

Si conocemos a Dios y si sabemos algo de Él, necesariamente tenemos que expresar lo que sabemos; tenemos que hacer alguna afirmación sobre la naturaleza de Dios. El conocimiento no es conocimiento si no sabemos lo que conocemos. Si sabemos lo que conocemos es porque lo podemos expresar, por lo menos a nosotros mismos. Aun el diálogo interior se lleva a cabo por medio de afirmaciones que hacemos y entendemos.

La adoración, como todo lenguaje de amor, consiste en gran parte en repetir, en tono de alabanza, las características de la persona que amamos. Los novios se alaban hablando de los ojos, de la sonrisa, del cabello, etc., todas estas características son las que distinguen a la persona. Pero, es necesario que las características sean verdaderas. Si el novio dice que adora los ojos azules de su novia, y ella responde que son cafés (y lo son), la impresión dejada no es positiva. Si ella alaba su dulce voz de tenor, y él la corrige diciendo que canta bajo, la comunicación pierde profundidad. La Biblia usa la relación de los novios para ilustrar nuestra relación con Dios, y esto implica que el lenguaje de la alabanza sea el lenguaje de los novios. Cuando adoramos a Dios, alabamos sus atributos. Los Salmos nos lo muestran.

Si vamos a alabar a Dios y a adorarlo como parte del culto que le rendimos y como una expresión de nuestra relación con Él, es necesario que tengamos un buen conocimiento de cómo es y de cuáles son sus características. Las características de Dios, expresadas como afirmaciones, son los atributos de Dios. Un atributo es algo que se conoce de Dios, algo que podemos

afirmar acerca de la naturaleza de Dios. Es algo que podemos sostener como verdadero acerca de Dios.

Igual que el novio, tenemos que tener mucho cuidado en decir lo que es la verdad. Si afirmamos algo como la verdad sobre Dios y si lo alabamos por ello, nos conviene que, efectivamente sea la verdad. Y, además de su importancia para conocer a Dios y para rendirle culto, el conocimiento de Dios es indispensable para comunicar la verdad sobre Dios a nuestros prójimos en nuestros esfuerzos evangelísticos.

El estudio de los atributos de Dios, lejos de ser un estudio pesado y aburrido, es para el creyente un ejercicio espiritual de intenso placer y solemne gozo. El poder decir con alguna certeza cómo es Dios, y entender lo que afirmamos, llena el corazón del cristiano con un profundo contentamiento. Sería difícil pensar en un ejercicio de más deleite para el alma redimida. Es una práctica aún más deleitosa, que para el novio meditar en las características de la novia. (He allí algo de la importancia del libro “El Cantar de cantares”).

Aunque no sea necesario, puede ser útil para nosotros volver a la definición que hemos dado de la palabra “atributo”. No usamos la palabra en su sentido filosófico, ni aun en el sentido estricto de la teología. Aquí usamos la palabra para referirnos a todo lo que se puede afirmar de Dios. En este estudio un “atributo de Dios” es todo lo que Dios ha revelado en su Palabra como características verdaderas de Él, y lo que podemos entender y repetir en nuestro lenguaje.

Algunos teólogos se han preocupado por el número de los atributos de Dios. Y han llegado a distintas conclusiones. Unos han insistido en que son siete; pero un himnólogo cantó al “Dios de los mil atributos”. No creo que podamos enumerarlos, ni que debamos hacer el intento de hacerlo. Para el conocimiento y la alabanza, el número no es importante; lo más importante es saber el más grande número posible y hacer de ellos el objeto de nuestra meditación.

El atributo, tal como lo hemos definido, es un concepto mental. Es una respuesta intelectual a la auto-revelación de Dios. El atributo no es solamente algo verdadero de Dios, sino también algo que nosotros los creyentes podemos concebir como verdadero de Dios. Es una respuesta a una pregunta; la pregunta que hacemos a la Palabra de Dios sobre cómo sería la naturaleza de Dios.

Si podemos afirmar que Dios es de una cierta naturaleza, ¿cómo nos afecta esto? ¿Cómo esperamos que Dios actúe hacia nosotros y hacia todo el resto de la creación? Estas preguntas no nacen de una curiosidad académica que busca erudición, sino son preguntas que tocan el meollo del espíritu humano, y las respuestas dejan su huella en toda la personalidad y en todas las actividades humanas. Además, estas respuestas tendrán gran efecto en la manera en que nos relacionemos con Dios, en el culto o en el servicio de

todos los días; regulará nuestra vida familiar y el comportamiento en el negocio. El conocimiento de cómo Dios es y cómo actúa determinará nuestra actitud para acercarnos a Él y disfrutar su presencia en cada aspecto de nuestra vida.

Nuestro Dios no es Dios en lo abstracto, o en general. Él es Dios específica y particularmente real. Las Escrituras nunca hablan de la naturaleza de Dios en abstracto, sino de un Dios concretamente conocido por sus atributos. Por medio de ellos sabemos verdades concretas acerca de Dios. Estas verdades concretas son prueba de que Dios no lo es en general, sino que Dios es como es, es diferente de todo lo demás que se pudiera llamar Dios, y que este Dios conocido por sus atributos, los que podemos afirmar acerca de su Ser, entra en relación personal con su pueblo.

Esto es importante porque no se puede entrar en relación personal con una abstracción. O Dios es concreto y real, y entonces tiene atributos, o no podemos alabarle ni rendirle culto. No podremos confiar en su misericordia si no tenemos noción de éste atributo. Ni podemos disfrutar de su amor si no podemos afirmar con un alto grado de certeza que Dios es amor. No podemos darle gracias por su sabiduría, ni por su poder, si no sabemos nada de estos atributos. No podemos entender nuestra salvación si no sabemos de su justicia y su gracia. Tendríamos serias preocupaciones sobre el porvenir si no pudiésemos afirmar la eternidad de nuestro Dios. Solamente porque Dios nos comunica información acerca de Sí mismo, tal como los profetas y los apóstoles afirman, tenemos una base confiable para hacer una exposición de sus atributos para aumentar nuestra fe y entrar en una relación personal con Él, en el culto y en la alabanza.

Cuando hablamos de las virtudes divinas, no importa mucho si las llamamos atributos o perfecciones. Algunos teólogos prefieren el término “perfecciones”. El vocablo “perfecciones” en relación a lo que podemos postular como verdadero acerca de Dios hace resaltar un aspecto importante de lo que afirmamos: las virtudes de Dios no son limitadas, incompletas o fallidas. Sin embargo, afirmando que todos los atributos de Dios son perfecciones, preferimos el término “atributo”, porque hace énfasis en el hecho de que cuando lo afirmamos estamos diciendo algo concreto y verdadero sobre Dios. De tal manera pertenecen estos atributos al Ser de Dios que sin ellos la esencia divina sería un nombre hueco, vacío de realidad y sentido; además de que sin su manifestación en los atributos, el Ser de Dios nos resultaría imposible de conocer.

Cualquier intento para enumerar y clasificar los atributos tiene que cumplir con dos requisitos: en primer lugar, tiene que exhibir la independencia de Dios del mundo creado. Dios de ninguna manera depende de su creación, ni es parte de ella. La afirmación que hagamos de Dios tendrá que mostrar que el atributo no es una característica humana sólo escrita con mayúscula, o que Dios no es un caso particular de Ser en general. En segundo lugar, nuestro intento para enumerar o clasificar los atributos tiene que exhibir la

relación de Dios con su creación de tal manera que haga accesible estas verdades a la experiencia humana y asegure que nuestro conocimiento de Él corresponde a cómo Él realmente es. Estos dos requisitos, lejos de ser contradictorios son complementarios.

Tal como hemos afirmado arriba, el número exacto de los atributos no es importante. Si no fijamos un número como límite de lo que podemos afirmar en base de la auto-revelación de Dios escrita en la Biblia, y si no decimos que por no saber de los 4367 (conociendo solamente 12) no conocemos a Dios, es porque el número será relativo a las clasificaciones que usemos. Lo que es de más importancia para nosotros es la manera de clasificarlos, pues la clasificación en sí afectará no solamente el número sino también la manera de entenderlos.

Ha habido muchos intentos para clasificar los atributos (pues la clasificación en sí es una afirmación relativa a los atributos y, por eso, una afirmación sobre Dios). Casi todos tienen algún valor, con la excepción de un método que ha encontrado favor en varias épocas en la historia de la Iglesia, especialmente en la escolástica de la edad media. Este método clasifica los atributos entre los “positivos” y los “negativos”. Parece, a primera vista, útil, debido a que Dios no es hombre; pero tenemos que recordar que el “no ser hombre” no lo convierte en Dios. Dividir la naturaleza de Dios entre lo que es conocido y lo que no lo es, tiene el efecto de hacer que el ser desconocido, sea un atributo de Dios.

Tenemos que recordar que los atributos son intentos nuestros de repetir las características de Dios reveladas en la Biblia. Por eso son parciales; ninguno de ellos revela toda la verdad de Dios. Los atributos entre sí forman una unidad de conocimiento, y mutuamente se califican. (Por ejemplo, la justicia de Dios es sabia, y su sabiduría es justa, mientras su justicia y sabiduría son eternas, etc., etc.). Ningún atributo es absoluto en el sentido de no estar relacionado con los otros.

Esto hace que el intento de clasificar los atributos entre intelectuales y morales, por ejemplo, no sirva, aunque sí nos da alguna información sobre ellos. Ha habido otras clasificaciones que ayudan para el entendimiento, pero que no perciben correctamente la unidad de todos los atributos. Podemos decir lo mismo de la clasificación que distribuye los atributos entre los ónticos (¿Qué es Dios? uno, espiritual, infinito), los operativos (¿Qué hace Dios? piensa, quiere, puede, etc.), y los morales (¿Cómo obra Dios? con bondad, con santidad, con justicia, etc.). Lo que se afirma de Dios dentro de esta clasificación no es necesariamente equivocado, pero no trata con justicia la interrelación de los atributos. Una clasificación casi igual es la clasificación que hace, entre los atributos metafísicos (de su Ser), los psicológicos (de su intimidad), y los éticos (de su comportamiento).

La clasificación que se ha empleado en la Iglesia, por lo menos, desde el tiempo de la Reforma del siglo XVI, es la que habla de los atributos como

“comunicables” e “incomunicables”. Los incomunicables son las afirmaciones que podemos hacer solamente de Dios. Son atributos que no caracterizan nunca a la humanidad. Los comunicables son los atributos que se pueden afirmar con relación al ser humano también, como eco o reflejo de estas virtudes de Dios. Dios, por así decirlo, comparte con el ser humano, hecho a su imagen y semejanza, algunas de sus características. En esto, en parte, consiste la imagen de Dios en el hombre.

En la siguiente lección haremos una breve exposición de cada uno de estas afirmaciones que llamamos atributos, pero ahora solamente haremos una lista de ellos. Los incomunicables son: la aseidad o independencia de Dios, su auto-existencia; la inmutabilidad de Dios; la infinitud de Dios, y la simplicidad de Dios. Los comunicables que estudiaremos son: conocimiento, sabiduría, bondad, amor, (gracia, misericordia, longanimidad) santidad, justicia, veracidad y soberanía. Si sabemos lo que la Biblia quiere manifestar con cada una de estos atributos, tendremos un conocimiento concreto del Dios que alabamos.

LECCIÓN 4 LOS ATRIBUTOS DE DIOS

Isaías 45: 8-25

8 Rocíad, cielos, de arriba, y las nubes destilen la justicia; ábrase la tierra, y prodúzcanse la salvación y la justicia; háganse brotar juntamente. Yo Jehová lo he creado. 9 ¡Ay del que pleitea con su Hacedor! ¡el tiesto con los tiestos de la tierra! ¿Dirá el barro al que lo labra: ¿Qué haces?; o tu obra: ¿No tiene manos? 10 ¡Ay del que dice al padre: ¿Por qué engendraste? y a la mujer: ¿Por qué diste a luz?! 11 Así dice Jehová, el Santo de Israel, y su Formador: Preguntadme de las cosas por venir; mandadme acerca de mis hijos, y acerca de la obra de mis manos. 12 Yo hice la tierra, y creé sobre ella al hombre. Yo, mis manos, extendieron los cielos, y a todo su ejército mandé. 13 Yo lo desperté en justicia, y enderezaré todos sus caminos; él edificará mi ciudad, y soltará mis cautivos, no por precio ni por dones, dice Jehová de los ejércitos. 14 Así dice Jehová: El trabajo de Egipto, las mercaderías de Etiopía, y los sabeos, hombres de elevada estatura, se pasarán a ti y serán tuyos; irán en pos de ti, pasarán con grillos; te harán reverencia y te suplicarán diciendo: Ciertamente en ti está Dios, y no hay otro fuera de Dios. 15 Verdaderamente tú eres Dios que te encubres, Dios de Israel, que salvas. 16 Confusos y avergonzados serán todos ellos; irán con afrenta todos los fabricantes de imágenes. 17 Israel será salvo en Jehová con salvación eterna; no os avergonzaréis ni os afrentaréis, por todos los siglos. 18 Porque así dijo Jehová, que creó los cielos; él es Dios, el que formó la tierra, el que la hizo y la compuso; no la creó en vano, para que fuese habitada la creó: Yo soy Jehová, y no hay otro. 19 No hablé en secreto, en un lugar oscuro de la tierra; no dije a la descendencia de Jacob: En vano me buscáis. Yo soy Jehová que hablo justicia, que anuncio rectitud. 20 Reuníos, y venid; juntaos todos los sobrevivientes de entre las naciones. No tienen conocimiento aquellos que erigen el madero de su ídolo, y los que ruegan a un dios que no salva. 21 Proclamad, y hacedlos

acercarse, y entren todos en consulta; ¿quién hizo oír esto desde el principio, y lo tiene dicho desde entonces, sino yo Jehová? Y no hay más Dios que yo; Dios justo y Salvador; ningún otro fuera de mí. 22 Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más. 23 Por mí mismo hice juramento, de mi boca salió palabra en justicia, y no será revocada: Que a mí se doblará toda rodilla, y jurará toda lengua. 24 Y se dirá de mí: Ciertamente en Jehová está la justicia y la fuerza; a él vendrán, y todos los que contra él se enardecen serán avergonzados. 25 En Jehová será justificada y se gloriará toda la descendencia de Israel.

INTRODUCCIÓN

Ya hemos dicho que nos parece más conveniente clasificar los atributos de Dios en dos categorías: los comunicables y los incommunicables. Esta manera de clasificarlos hace resaltar que Dios es trascendente e inmanente, a la vez. Lo que queremos decir con esto es que Dios es diferente de toda su creación, está por encima de ella, y que no debemos confundirlo con su creación (el hacerlo es panteísmo); pero que al mismo tiempo Dios está presente en su creación y nunca está ausente de ella. Los atributos incommunicables hablan de la trascendencia de Dios, y los comunicables hablan de su inmanencia. Los atributos que no tienen analogías en las criaturas y que dan énfasis a la trascendente grandeza de Dios, haciendo resaltar la absoluta diferenciación de Dios, son los siguientes:

La Independencia de Dios, su Auto-existencia, o su Aseidad

Cuando afirmamos esta verdad de Dios estamos aseverando que Dios existe por la necesidad de su propio ser, y que no depende de ninguna cosa externa a Él para su existencia. No solamente es independiente en su ser; también lo es en todas sus acciones y virtudes. Esto no solamente hace que Dios no dependa de nada sino que toda su creación depende de Él. La independencia (aseidad) de Dios está afirmada especialmente en la exégesis del nombre “Jehová”:

Éxodo 3:14

13 Dijo Moisés a Dios: He aquí que llego yo a los hijos de Israel, y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntaren: ¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé? 14 Y respondió Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros.

Jesús explicó que no solamente el Padre tiene este atributo, sino el Hijo también.

Juan 5:25-27

25 De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán. 26 Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo; 27 y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre.

La Inmutabilidad de Dios

Salmo 102:25-28
Malaquías 3:5-7

Lógicamente la independencia o aseidad de Dios es el prerrequisito de su inmutabilidad. Dios es inmutable en el mismo grado que es independiente, porque si dependiera de algo creado estaría sujeto al cambio. No podemos, por supuesto, imponer nuestras categorías lógicas a Dios, pero sí es necesario para nuestro entendimiento expresar lo que sabemos en términos lógicos. Dios es siempre lo mismo; no tiene historia personal ni evolución. No crece ni envejece, y está exento de todo cambio en su ser y en sus propósitos.

Santiago 1:16-18

16 Amados hermanos míos, no erréis. 17 Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación. 18 El, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas.

Esto se afirma también del Hijo en:

Hebreos 13:7-9

7 Acordaos de vuestros pastores, que os hablaron la palabra de Dios; considerad cuál haya sido el resultado de su conducta, e imitad su fe. 8 Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos. 9 No os dejéis llevar de doctrinas diversas y extrañas; porque buena cosa es afirmar el corazón con la gracia, no con viandas, que nunca aprovecharon a los que se han ocupado de ellas.

No debemos pensar que, por ser inmutable, no hay movimiento en Dios. La Biblia lo presenta como un Dios activo, revelándose, dirigiendo la historia, cumpliendo con sus propósitos y promesas, y reaccionando a lo que hace su pueblo y el resto del mundo. Algunas de las expresiones que aparentemente atribuyen cambio a Dios son evidentes “antropomorfismos” empleados para nuestro entendimiento. Un “antropomorfismo” es una expresión que habla de Dios en términos humanos, como si Dios tuviera ojos, brazos, nariz, etcétera, y como si de veras se cansara, riera y estornudara. En nuestros días se emplean los antropomorfismos a menudo en la televisión, haciendo hablar a los animales, árboles y peces, como si fuesen seres humanos. Sabemos que realmente no lo hacen y no nos causa problema de entendimiento. Así debemos entender las expresiones “antropomórficas” de la Biblia, cuando la Biblia habla de un Dios que extiende su mano o arruga su nariz, y cuando dice que Dios se arrepintió. Estas expresiones corresponden a nuestra experiencia y, aunque parece que hay cambios en la historia que percibimos, no quiere decir que haya cambios en los propósitos inmutables de Dios. La mutabilidad no está en Dios, sino en el hombre y en sus relaciones con Dios, y, sobre todo, en su percepción de estas relaciones.

La Infinitud (o infinitud) de Dios

Cuando hablamos de la infinitud de Dios hablamos de aquella perfección de Dios por la cual todo atributo, y todo lo que pertenece a la naturaleza

de Dios es inmensurable e incontable. Cada atributo de Dios se extiende más allá de todo límite; todos rebasan cualquier posibilidad de ser medido. Este atributo se ve bajo varios aspectos, el primero de los cuales es su absoluta perfección. Aquí vemos lo infinito de Dios en cuanto a sus cualidades o, por decirlo de otra manera, es la perfección cualitativa. La infinidad de Dios califica a todos los atributos, o sea, todo lo que podemos afirmar acerca de Dios. Dios es infinito en su conocimiento, bondad, justicia, santidad, poder, etcétera; y en todo lo que Él es.

La infinidad de Dios en relación con el tiempo se llama su eternidad. Aunque, adaptándose a nuestro modo de entender, las Escrituras presentan la eternidad como una duración constante e interminable, la eternidad de Dios más bien indica que Dios trasciende el tiempo y posee la totalidad de eso que llamamos tiempo o historia, todo a la vez. Nosotros distinguimos, por los límites de nuestra comprensión, entre el pasado, el futuro y el presente; pero Dios no está limitado por estas categorías.

La infinidad de Dios en relación con el espacio se llama su inmensidad. No debemos pensar en la inmensidad de Dios como el espacio sin fronteras, sino debemos pensar en un Dios que trasciende el espacio. Un aspecto de su inmensidad es su omnipresencia. Dios está presente en todo lugar y llena todo espacio. No hay lugar, como dice David en el Salmo 139:7-10, donde Dios no esté. Pero, de acuerdo con la afirmación de su inmensidad, Dios no está “repartido” en los muchos lugares, sino está totalmente presente, con todo su ser, en todo lugar.

La Simplicidad de Dios

Con esto afirmamos que Dios no está compuesto, ni está hecho de partes; no está armado. Tampoco es susceptible a divisiones. Este atributo llegará a ser importante cuando llegemos a estudiar la auto-afirmación de Dios como Dios trino. La esencia de Dios y sus atributos no son distintos; sus atributos son idénticos con su naturaleza. Dios es precisamente como se revela. Dios está completo en sí; nada se puede agregar a su Ser, ni restar de Él. Dios, al revelarnos sus nombres y atributos, se nos revela a Sí mismo. Sus manifestaciones no son diferentes que su propia interioridad; los atributos no son adiciones a su naturaleza.

La simplicidad de Dios implica su singularidad. Dios no puede ser repartido entre muchos seres. O, por decirlo de otra forma, no es posible que varios seres participen en la naturaleza de Dios. Algunos teólogos hablan de estas verdades empleando la expresión de la “unidad de Dios”.

Deuteronomio 6:4-8

4 Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. 5 Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas. 6 Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; 7 y las repetirás a tus hijos, y hablarás

de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. 8 Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos;

La frase “Jehová uno es” puede traducirse “Jehová unidad es”. Dios es uno en una unidad, singular y simple.

Estos atributos incommunicables definen a Dios como Dios trascendente y nos dan conocimiento de su ser. Su número exacto es difícil de determinar, ya que se les puede contar de distintas maneras. Por ejemplo, podemos hablar de la unidad de Dios, su simplicidad y su singularidad como tres atributos o como tres aspectos del mismo atributo (tal como lo hemos hecho). De la misma manera, hemos hablado de la infinitud de Dios como un atributo cuando podemos hablar también de su perfección, su eternidad y su inmensidad como distintos atributos. Podemos contar los atributos incommunicables como un mínimo de cuatro y, a la vez, afirmar que son ocho o más. Lo importante no es el número, sino la corrección de la afirmación, y si la afirmación nos proporciona conocimiento de Dios.

Atributos Comunicables

Los atributos comunicables también dan conocimiento del ser de Dios, pero lo dan en base de nuestra experiencia, pues experimentamos en nuestro ser una analogía de estas virtudes de Dios. Debemos fijar nuestra atención en una verdad que mencionamos antes: los atributos de Dios se califican mutuamente. Los atributos incommunicables califican a todos los atributos comunicables, haciendo que estos sean en esencia diferentes en Dios que en el hombre. Dios es infinito, inmutable, independiente y simple en su conocimiento, justicia, amor, etcétera; y eso no se puede afirmar del ser humano. Lo que encontramos en el ser humano es un eco o reflejo del atributo y no es, en este sentido, el atributo original. Los ecos y reflejos suelen ser débiles y distorsionados; sin embargo, nos dan una base para un conocimiento de la realidad de Dios.

El Amor de Dios

De los atributos comunicables de Dios uno de los principales (en cuanto a la impresión que deja en nosotros, pues nadie puede postular una jerarquía de los atributos de Dios, afirmando que unos son más importantes o básicos que otros) es el amor. El amor de Dios es considerado como el atributo central de Dios. Es cierto que este atributo califica a todos los otros, pero no debemos olvidar que todos los otros también califican al amor. Tenemos que interpretar todos los atributos en relación con el amor de Dios, pero, a la vez, tenemos que interpretar el amor de Dios a la luz de todos los otros atributos. No entendemos el amor de Dios, sino a la luz de todo su ser, y el amor no caracteriza su naturaleza más que los otros atributos.

Este amor puede considerarse desde distintos puntos de vista, y cada punto de vista puede ser presentado como un atributo de Dios. Hablamos, por

ejemplo, de la gracia de Dios, la misericordia de Dios, y la longanimidad de Dios como tres aspectos del amor de Dios, pero estas virtudes de Dios pueden tomarse como afirmaciones verdaderas sobre la naturaleza de Dios y, en este sentido, como atributos.

En el lenguaje de las Escrituras, la gracia de Dios es el amor inmerecido de Dios hacia el ser humano perdido. El pecador indigno es considerado por Dios como un objeto de su amor a tal grado que esta actitud de Dios resulta en la salvación del pecador. Se habla en la teología de una “gracia común” que es igualmente inmerecida pero que no salva; trataremos este tema cuando hablemos de la bondad de Dios. La gracia (salvadora) de Dios es su actitud benevolente e inmerecida hacia el pecador, que tiene como resultado la salvación del pecador. Una de las características más notables de la gracia de Dios es el hecho de que es inmerecida. El objeto del amor no provoca la actitud. Los seres humanos experimentamos amor cuando esta emoción es provocada por algún valor que es percibido en el objeto de este amor; Dios ama al pecador a pesar de que éste no puede provocar el amor. Dios ama porque Dios es amor.

La misericordia de Dios también puede llamarse su compasión. Es el amor de Dios hacia el que está sufriendo las consecuencias del pecado, mitigando en un sentido los padecimientos provocados por el pecado. La base de la misericordia de Dios, al igual que su gracia, es la obra realizada por Jesucristo. De acuerdo con la justicia de Dios, la misericordia se basa en los méritos del Salvador. Este atributo también puede llamarse la clemencia de Dios.

El castigo del pecado no es inmediato; Dios es paciente. La paciencia de Dios es otro nombre para la longanimidad de Dios. Algunos teólogos hacen de la paciencia de Dios otro atributo, y, desde luego, es posible hacerlo. Esto ilustra de nuevo la imposibilidad de fijar el número de atributos, pues el número depende de lo que contemos por separado y lo que contamos como distintos aspectos de un mismo atributo. La longanimidad de Dios se ve en el hecho de que Dios “soporta” o “aguanta” a los malos, aun a los que le retan. Postpone o posterga el castigo dándoles a los pecadores la oportunidad para arrepentirse.

*Mateo 23:37
Lucas 13:31-35*

2ª Pedro 3:3-10

3 sabiendo primero esto, que en los postreros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias, 4 y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación. 5 Estos ignoran voluntariamente, que en el tiempo antiguo fueron hechos por la palabra de Dios los cielos, y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste, 6 por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua; 7 pero los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos. 8 Mas, oh amados, no ignoréis esto: que para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día. 9 El Señor

no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento. 10 Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas.

LECCIÓN 5

ECOS DE DIOS EN NOSOTROS: ATRIBUTOS COMUNICABLES

Jeremías 10:1-16

*Isaías 44:9-20
Jeremías 51:14-19*

1 Oíd la palabra que Jehová ha hablado sobre vosotros, oh casa de Israel. 2 Así dijo Jehová: No aprendáis el camino de las naciones, ni de las señales del cielo tengáis temor, aunque las naciones las teman. 3 Porque las costumbres de los pueblos son vanidad; porque leño del bosque cortaron, obra de manos de artífice con buril. 4 Con plata y oro lo adornan; con clavos y martillo lo afirman para que no se mueva. 5 Derechos están como palmera, y no hablan; son llevados, porque no pueden andar. No tengáis temor de ellos, porque ni pueden hacer mal, ni para hacer bien tienen poder. 6 No hay semejante a ti, oh Jehová; grande eres tú, y grande tu nombre en poderío. 7 ¿Quién no te temerá, oh Rey de las naciones? Porque a ti es debido el temor; porque entre todos los sabios de las naciones y en todos sus reinos, no hay semejante a ti. 8 Todos se infatuarán y entontecerán. Enseñanza de vanidades es el leño. 9 Traerán plata batida de Tarsis y oro de Ufaz, obra del artífice, y de manos del fundidor; los vestirán de azul y de púrpura, obra de peritos es todo. 10 Mas Jehová es el Dios verdadero; él es Dios vivo y Rey eterno; a su ira tiembla la tierra, y las naciones no pueden sufrir su indignación. 11 Les diréis así: Los dioses que no hicieron los cielos ni la tierra, desaparezcan de la tierra y de debajo de los cielos. 12 El que hizo la tierra con su poder, el que puso en orden el mundo con su saber, y extendió los cielos con su sabiduría; 13 a su voz se produce muchedumbre de aguas en el cielo, y hace subir las nubes de lo postrero de la tierra; hace los relámpagos con la lluvia, y saca el viento de sus depósitos. 14 Todo hombre se embrutece, y le falta ciencia; se avergüenza de su ídolo todo fundidor, porque mentirosa es su obra de fundición, y no hay espíritu en ella. 15 Vanidad son, obra vana; al tiempo de su castigo perecerán. 16 No es así la porción de Jacob; porque él es el Hacedor de todo, e Israel es la vara de su heredad; Jehová de los ejércitos es su nombre.

INTRODUCCIÓN

Continuamos nuestro estudio de los atributos de Dios. Los atributos nos permiten, por así decirlo, percibir la naturaleza de Dios. No podemos verla directamente, desde luego, pues nadie jamás ha visto a Dios, (excepto el Hijo, quién lo dio a conocer), y la naturaleza de Dios no se presenta directamente a nuestros sentidos. Pero, sí, Dios se nos presenta en su Palabra, y lo podemos conocer y hacer afirmaciones acerca de Él; podemos confiar en que lo que afirmamos de Dios sea la verdad, debido a que estas afirmaciones son una repetición de lo que Él mismo dice sobre su propio ser.

Algunos de los atributos de Dios se encuentran en forma de eco o reflejo en el ser humano, pues en parte esto es lo que quiere decir que el hombre está hecho a la imagen y semejanza de Dios. Estos atributos son los comunicables. Pero como estas lecciones no son estudios de antropología teológica, entonces no haremos, por ahora, exposición sobre este punto. Va más al punto de nuestro tema el hacer énfasis en que todos los atributos son medios para conocer a Dios, y que por medio de los atributos comunicables nuestro conocimiento de Dios llega a ser concreto y real.

El amor de Dios

Ya hemos enfocado nuestra atención sobre el atributo en que muchos piensan que es el más destacado de la naturaleza de Dios. Este atributo es el amor. Es muy usual en nuestra cultura pensar en este atributo como si fuese el único atributo de Dios, pero si pensamos solo en este atributo, nuestro conocimiento será parcial y distorsionado, sobre todo si tomamos como el punto de partida nuestra experiencia de amor. Tenemos que recordar que todos los atributos de Dios mutuamente se califican, y que los atributos incomunicables de Dios califican a sus atributos comunicables. Esto hace que los atributos comunicables de Dios sean cualitativamente diferentes en el ser humano y en Dios. Pues ¿quién puede hablar de un amor humano que sea eterno, singular, independiente e inmutable, y que a la vez sea santo, justo, soberano, sabio, bueno y veraz?

También hemos visto de nuevo el problema del número de los atributos. No podemos hablar de un número específico; más bien los mencionamos y los contamos para aumentar nuestro conocimiento y ampliar nuestra comprensión de cómo es Dios. El amor de Dios, por ejemplo, puede ser un atributo o puede ser tres, dependiendo de la manera de especificarlos y mencionarlos. Pero, si es uno o si son tres, al mencionarlos conocemos a Dios repitiendo para nosotros mismos, estos aspectos de la auto-revelación de Dios.

La soberanía de Dios

Después de pensar en Dios como amoroso, el atributo que suele llegar a la mente es el de la soberanía de Dios. Para muchos es posible que éste sea el primer atributo de Dios que les que llegue a la mente. Es difícil pensar en Dios sin pensar en su soberanía. A primera vista, para algunos, es difícil pensar en la soberanía como un atributo comunicable. Les parece que solamente Dios es soberano y que el hombre de ninguna manera participa en esta descripción de Dios. Pero la verdad es que tenemos, como seres humanos, bastante soberanía. Dirigimos nuestras propias actividades. Decidimos (los varones), por ejemplo, el color de los calcetines y las corbatas; las damas deciden el color de su cabello y sus labios. Manejamos coches y aviones, e imponemos nuestras voluntades sobre los animales. Todo ello es soberanía, aunque en una forma limitada.

La soberanía de Dios es limitada solamente por su propia voluntad, y, a la vez, su voluntad es soberana. Pues, la soberanía trata específicamente de la voluntad, aunque el aspecto de la volición no es el único. También la soberanía trata de la absoluta superioridad y de la omnipotencia de Dios. Dios no responde a nadie, ni le rinde cuentas; planea y ejecuta todo según su libre consejo, sin consultar, sin pedir permiso y sin explicarse. Tampoco tiene que buscar ayuda, y nunca le faltan energías. Sus capacidades y habilidades están todas calificadas por todos sus atributos. Ahí está su omnipotencia. La soberanía de Dios es cualitativamente diferente de la de los seres humanos, en que la soberanía de Dios está por encima de la ley, pues la ley es un aspecto de la creación y toda la creación, incluyendo la humanidad, está bajo ley. Ley, en su sentido amplio, siempre es una expresión de la voluntad de Dios.

La soberana voluntad de Dios es considerada en las Escrituras como la causa final de todas las cosas. La creación y la providencia son expresiones de su soberanía. Su gobierno, sobre todo lo que hay, que lo dirige al fin determinado por Él, es una concreta manifestación de su voluntad. Esto lo entendemos solamente en parte, y a posteriori, o sea, después de poderlo percibir, en el grado en que nuestra percepción sea adecuada a percibirlo, a menos que Dios mismo revele de antemano lo que es su voluntad. Esto último lo vemos en las profecías del Antiguo Testamento, tocante a las naciones, y en su relación con Israel y el reino mesiánico, pero no tenemos revelaciones en nuestra época acerca de las naciones actuales. Tenemos que esperar hasta que los acontecimientos se realicen, y aún entonces tendremos dificultad para interpretar su significado.

La voluntad de Dios es libre en el sentido que no hay nada fuera de la misma voluntad de Dios que pueda crear una necesidad con la que Dios tenga que cumplir. Dios, sin embargo, puede comprometerse libremente por su propia promesa, lo que efectivamente hace en su soberano pacto, sin que esto sea un límite para su soberanía. La decisión de Dios de permitir el pecado y luego incorporarlo en sus propósitos salvíficos, -como en el caso de José y sus hermanos, y en el caso de Judas-, de la misma manera, no reduce la soberanía de Dios. Dios es soberano, aunque no podemos explicar bien todos los aspectos de esta soberanía, pues trasciende a nuestra comprensión.

La veracidad de Dios

El que Dios sea verídico es de suma importancia para nosotros. Si fuera mentiroso o engañoso, la situación existencial de la humanidad sería desastrosamente desesperante. El hecho de que este atributo sea comunicable, y que vivamos situaciones en que no se maneja la verdad, nos impacta profundamente con el significado de este atributo. Sabemos cómo es cuando no podemos creer en lo que dicen nuestros amigos, familiares, maestros y gobernantes, y con todo ello seguimos creyendo que la verdad ha de existir. Pero la verdad no existe por sí sola, sino porque hay seres

veraces, aún los parcialmente veraces como los seres humanos (nosotros, por ejemplo). Dios es veraz, es verdadero, y por eso existe la verdad.

Dios es veraz en su revelación. Le conocemos porque dice la verdad en cuanto a Sí mismo. Conocemos el mundo, y la ciencia es posible, porque en la revelación general de Dios, las cosas se nos presentan tal como son, su naturaleza es revelada y tenemos conocimiento. Si Dios no fuera verdadero, ni ninguna parte de su revelación confiable, nunca jamás podríamos saber; ni aun saber siquiera si sabemos o no.

Este atributo es el que más distingue al verdadero Dios de los ídolos. Ellos son ficción, mentira y vanidad. No existen aparte de su fabricación humana, ni son como se presentan. Tal como dice en los Salmos: tienen ojos y no ven; tienen oídos y no oyen; tienen boca pero no hablan, etc., y los que creen en ellos son semejantes a ellos. Jehová, el que habla, ve y oye, es el Dios verdadero.

Salmo 115:3-8
Salmo 135:15-18

Un aspecto de su veracidad es su fidelidad. Cumple con todas sus promesas y siempre es igual; no engaña. Por su fidelidad las cosas son como son y siempre lo serán. La fidelidad de Dios es la base de nuestra confianza y el fundamento de nuestra seguridad. Porque Dios es fiel y verdadero, el gozo y la alegría son posibilidades reales para nosotros.

La Justicia de Dios

Tenemos que tener cuidado de que nuestras torcidas ideas de justicia no tuerzan nuestro concepto de la justicia de Dios. Toda idea de justicia debe formarse en base a la revelación de justicia como atributo de Dios. A la vez, no debemos negar el hecho de que la justicia es atributo comunicable y está presente en los seres humanos. Por ser la imagen de Dios tenemos una idea de la justicia, y la aplicamos en las relaciones humanas, casi siempre para juzgar al prójimo.

Algunos teólogos relacionan la justicia de Dios con su santidad y ponen a la justicia en función de la santidad, diciendo que la justicia de Dios es aquella perfección por la cual Dios se mantiene contra toda violación de su santidad. Es cierto que este es uno de los efectos de su justicia, pero no parece que sea la esencia de su justicia. Podemos decir que la justicia también mantiene su bondad, su sabiduría, su soberanía, etc.; la justicia no solamente tiene que ver con la santidad de Dios, sino con todo lo que Dios es.

Tal como hemos explicado antes, cada atributo califica al resto de los atributos y la justicia también se relaciona con los otros atributos. El amor de Dios es justo, como lo es también su bondad, su sabiduría y su santidad. La justicia, más bien, es la perfección de Dios en que se cumple con todas las normas que Dios mismo pone para sí mismo. La justicia de Dios quiere decir, entonces, en primer lugar, que no hay norma o pauta por encima de Dios. No hay nada superior a Él que sirva para juzgarlo. Dios es su propio juez, y pronuncia la sentencia a sus propios actos.

La justicia de Dios es la norma para distinguir lo correcto y lo incorrecto, es la base de todo gobierno moral en el mundo. Debido a que la justicia tiene que ver con normas, reglas y pautas, se puede hablar de la rectitud de Dios como un sinónimo de su justicia. La rectitud de Dios quiere decir que Él cumple con toda medida que Él se pone a sí mismo, y que es la norma para juzgar al hombre. Este aspecto de su justicia se llama, a veces, su justicia rectora.

1a Juan 1:9

Se habla también de la justicia remunerativa de Dios. Se refiere aquí al hecho que Dios premia y recompensa según las condiciones y promesas que Él mismo ha puesto. Dios trata con nosotros tal como Él es desde adentro, sin influencia de algo externo a Él. Este es el sentido de la frase, “Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados”. La misericordia de Dios no va en contra de su justicia, ni la limita, sino que la justicia de Dios tiene que ver con nuestro perdón, ya que cumple con su promesa.

El otro lado de esta justicia es su justicia retributiva. Esta tiene que ver con los castigos que el mismo Dios impone como resultado del pecado. Es una expresión de su ira contra al pecado. Tan justo es Dios que, para no pasar por alto los pecados de su pueblo, los castigó en su Hijo. La justicia es fundamental para nuestra salvación. Somos salvos porque Dios es justo. Habiendo castigado a su Hijo por nuestros pecados, no nos castigará a nosotros por ellos. Por otro lado, a los que no están en Jesucristo, a los que no están unidos a Él por la fe, a ellos sí les castigará por sus pecados. La justicia de Dios será satisfecha, o por Cristo o por el pecador. Dios no anula su justicia; de hacerlo sería dejar de ser Dios. La justicia de Dios es el atributo por el cual Dios se mantiene como Dios.

**Estos son unos capítulos muestra
del libro “*El Dios que Alabamos*”,
si desea obtener la obra
completa contáctenos:**

**Tel. (Cd. de México): 41-59-52-41
publicaciones@geraldnyenhuis.org**